

## HUÉSPED

Muchas veces las historias más sorprendentes que llegamos a conocer no resultan de nuestra propia experiencia sino de los comentarios que nos hacen. Más aún, esos relatos muchas veces no son buscados por nosotros, sino que llegan hasta nuestros oídos de manera fortuita, como si hubieran estado esperándonos por largo tiempo para luego salir a nuestro encuentro.

Una de esas anécdotas me ocurrió hace algunos años en cierto viaje que hice a la provincia de Misiones. Yo tenía ciertos asuntos pendientes allí y con motivo de resolverlos hube de encontrarme con el capataz de una hacienda vecina a una de mi propiedad. Estábamos a la vera de un camino cuando no lejos de allí apareció un hombre que transitaba un sendero cercano. La conversación era informal y fluida, por lo que en ese momento me permití interrumpirla y, señalando al hombre dije:

*- Aquél parece que viene del boliche.*

Mi compañero miró hacia donde yo había señalado y respondió parcamente:

*- Es Don Roque; siempre anda tomado.*

Yo lo miré de manera casual, pero él vio en mis ojos la sombra de una inquietud, por lo que se sintió en la obligación de explicarse:

- *No lo juzgue mal. Don Roque bebe para olvidar* -respondió mi interlocutor.

La última frase había sido dicha en otro tono, o al menos eso me pareció, lo cual me produjo una impensada curiosidad.

- *¿Para olvidar qué, si puede saberse?* -agregué.

- *Ha tenido una vida desgraciada, una de esas vidas signadas por la tragedia. Es una lamentable y larga historia...*

Yo lo miré, y él entendió que con mi mirada lo autorizaba a relatarla. Entonces continuó:

- *De joven se casó con una muchacha del lugar, una buena mujer, me acuerdo bien, se llamaba Esperanza. De esto hace ya muchos años; lo cierto fue que después de haberse juntado, ella quedó embarazada. Hasta ahí todo fue normal; luego empezaron los problemas. Dicen que él quería tener un varón a toda costa, y que tanto fue el deseo de ello que algo en la naturaleza se trastornó. Nueve meses después tuvo una hija. Roque estaba desconsolado, pero era un muchacho aún, lleno de energías, y no le esquivó el pecho al asunto. Al poco tiempo su mujer estaba esperando familia otra vez. Él se ilusionó y esperó el varón con mayores ansias que en la ocasión anterior, pero del segundo embarazo también llegó una hembra.*

- *Suele suceder* -dije.

- *Y eso no fue nada, Esperanza empezó a quedar embarazada, año tras año y pariendo una mujer tras otra. Y así fueron seis, ¿me cree?, seis mujeres seguidas. Pareció entonces que ya no habría más embarazos, por la leyenda, sabe.*

- *¿Qué leyenda?* -pregunté yo, dueño de la más absoluta ignorancia.

- *Usted habrá escuchado alguna vez la historia que dice que el séptimo hijo varón consecutivo será lobisón. Bueno, lo que nadie cuenta pero que no es menos cierto es que la séptima hija también lo será, a su debido momento, si es que conoce el verdadero amor.*

La historia comenzaba a atraparme.

- *Y entonces, ¿qué pasó?* -pregunté, ansioso.

El hombre hizo una pausa y observó hacia el horizonte de vastas arboledas. Yo lo miré, pero él tardó en contestar.

- *¿Va a creer que Esperanza volvió a quedar encinta y tuvo otra nena?*

- *No me diga* -repliqué.

- *Ahí comenzaron las desdichas para la familia. Al principio los paisanos habían tomado el asunto con humor, imagínese. No faltaban las chanzas en cada rincón del pueblo. Pero con la seguidilla de mujeres que estaban viniendo al mundo la cosa se fue poniendo delicada, hasta que al final todos llegaron a asumir el tema como algo propio.*

- *Un asunto de cuidado.*

- *Exacto. Roque quiso entonces alejar toda murmuración y decidió bautizar a su hija con prontitud. Pero, ¿me va a creer cuando le digo que en el momento en que el sacerdote estaba por ungir la frente de la beba, aquél cayó desplomado ante la mirada*

*atónita de los parroquianos? Había tenido un infarto que lo llevó a mejor vida. Por supuesto que el rumor corrió como reguero de pólvora, y ya nadie dudó de la maldición que había caído sobre la nena.*

*- Pero fue finalmente bautizada, ¿o no?*

*- No, porque el nuevo párroco tardó meses en ser nombrado, y para el momento en que llegó la familia ya se había establecido lejos del pueblo, bien entrado el monte, y ya no estaban con ganas de andar exponiéndose públicamente.*

*- ¿Y luego?*

*- Era un secreto a voces que la beba estaba maldita. Todos miraban a los padres y su descendencia con distancia y resquemor, y poco a poco la gente los empezó a aislar socialmente. Imagínese usted, una situación nada agradable.*

*- ¿Entonces el hombre empezó a hacerse amigo de la botella?*

*- No, para nada. Lo peor todavía no había llegado.*

Hizo una pausa y prendió un cigarrillo. Me ofreció uno, pero lo rechacé. Entonces prosiguió:

*- Los años fueron pasando y el asunto fue diluyéndose. Aparentemente todo había vuelto a la normalidad, pero la chica llegó a la edad de merecer y el padre se empezó a preocupar. Su mujer ya había muerto de no sé qué enfermedad, por lo que había quedado solo al cuidado de las muchachas, aunque las que no se habían casado ya eran bastante grandecitas para ayudarlo, y lo hacían, pero no era lo mismo.*

*- ¿Y entonces?*

*- Finalmente los temores del hombre se hicieron realidad: un peón empezó a arrastrarle el ala a la chica y ella le correspondió. Él era un muchacho envalentonado, medio rebelde; había tenido algunos problemas con los vecinos y, por supuesto, no quería entrar en razones cuando le decían que aquella mujer no le convenía.*

Yo hice un gesto de desaprobación hacia lo que acababa de contarme.

*- Entonces Roque –prosiguió-, conocedor de los saberes populares, comenzó a encadenar a su hija los días viernes por la noche, para que cuando llegara el fin del día estuviera bajo control, ya que la medianoche es la hora en que los lobisones se transforman. Y así pasaron varios meses hasta que un día, no se sabe bien por qué, la chica se libera de sus cadenas y sale a hacer de las suyas. No hizo daños, pero la observaron varias personas en un estercolero de la zona y cundió el pánico. El padre, al enterarse, decidió redoblar sus esfuerzos por contenerla. Pero el diablo ya había metido la cola.*

Yo lo miré como si mi mirada quisiera arrancarle las palabras. Entonces continuó:

*- Resultó que el enamorado, que no era para nada supersticioso, la raptó un jueves y la mantuvo oculta, para comprobar que lo que se decía eran habladurías y que los dejaran en paz para poder tener una relación decente. Pero para su sorpresa, el viernes a la medianoche ella se metamorfoseó y él, con la bestia encima seguramente no habrá sabido qué hacer porque estaba desarmado cuando encontraron su cadáver. Ella volvió a su casa sin recordar nada, pero los familiares del muerto exigieron*

*justicia. La policía tomó cartas en el asunto, pero usted sabe que estas cosas jamás llegan a los tribunales. A la chica la encerraron unos días, pero más por su seguridad que por otra cosa. El padre estuvo de acuerdo, incluso arregló con el comisario para que la mantuvieran en la dependencia hasta que solucionara sus cosas, porque había decidido que la familia se marcharía del pueblo lo antes posible. Pero con el correr de los días el ánimo se caldeó y todo el pueblo empezó a tomar partido por la venganza.*

*- Pobre hombre –dije, pensando en don Roque.*

*- Finalmente se armó una pueblada, la gente entró en la comisaría y sacaron a la chica. Y ahí nomás la mataron a garrotazos.*

*- Increíble.*

*- Algunos dicen que todavía pueden verla en ciertas noches claras, porque el fantasma andaría rondando su tumba. Dicen que su espíritu no tiene paz, porque deberían haberla matado con una bala tres veces bendecida para que su alma descansara y dejara el mundo de los vivos.*

*- Es una historia fascinante -dije convencido.*

*- Sí, pero no es una historia, es la pura verdad. Yo recuerdo los sucesos como si fuera el día de hoy. El pueblo nunca volvió a ser el mismo desde entonces.*

*- ¿Y usted ha visto el fantasma?*

*- No, pero gente de toda confianza me lo dijo, y les creo. Uno de los que dicen haberlo visto es don Roque. Nunca se fue del pueblo porque dicen que la pena lo agobia tanto, que vaga por los campos sin consuelo buscando pedirle perdón a su hija por todo lo que ocurrió.*

El hombre calló, y yo quedé pensando en cuanto había escuchado. Entonces acepté el cigarrillo que me había ofrecido anteriormente, y mientras lo fumaba dejé descansar mi vista en la espesa vegetación que se sucedía por delante. Mientras tanto, allá, a lo lejos, todavía se divisaba el torpe andar de don Roque, tambaleando en busca de olvido.